

2 Documentales Peruanos

por Sebastián Salazar Bondy

Nada impide proponer para la cinematografía las mismas categorías genéricas dentro de las cuales suelen clasificarse las diversas formas literarias. En este sentido, aceptada tal convención, es propio hablar de cine — poema, cine—novela, cine—cuento, cine—teatro o cine—ensayo. Y ello no resulta tan arbitrario, como a primera vista parece, si pensamos con Cocteau que el cine constituye una tinta más en la cual humedecer la pluma. A través de las vertiginosas imágenes de la pantalla, el artista puede expresarse de un modo dramático, de un modo discursivo, de un modo narrativo o de un modo poético. Sería ocioso dar un ejemplo concreto sobre cada caso, pero basta pensar en "La sangre de un poeta" para caer en la cuenta de que se trata de una cinta de poesía o en "Todos somos asesinos" para concluir que es un "film" de ensayo.

En el terreno del llamado "documental cinematográfico" esa categoría poética y esa categoría ensayística se dan con seguridad. Precisamente, dos películas de tema peruano —realizadas por A.C.U., joven empresa que anima Franklin Urteaga— han sido concebidas y llevadas a cabo de una y otra manera. Así como "Machu—Picchu" está entonada con emoción lírica, "Castilla, Soldado de la Ley" es expresión de una especulación histórica. Ahora bien, en ninguna de ellas se utiliza otro lenguaje que el propio de este arte cuya esencia es, ante todo, visual. La imagen — que es la palabra, la grafía, del cine— canta en una y expone raciocinios sobre sucesos en otra, siendo en aquella vehículo de metáforas y en ésta intermediaria de premisas y conclusiones. De tal suerte, "Machu—Picchu" llega al espectador como un todo estético, unitario en cuanto su principio y su fin están ligados, casi circularmente, por la intención de crear un sentimiento poético, en tanto que "Castilla, Soldado de la Ley" —basada admirablemente en un libro de Manuel Mujica Gallo, cuyo sentido es fundamentalmente exegético— alcanza a la platea como una sucesión de ideas y hechos analizados con criterio expositivo y crítico. Excelentes sin lugar a dudas, enteras, claras, colmadas de una sencillez nacida de un cuidadoso desdén por la retórica grandilocuente, las dos películas documentales que comentamos son una positiva contribución a la dignificación del cine en nuestro continente.

No en vano estos documentales peruanos han sido realizados por Enrico Gras. Este director italiano, autor de algunos cortos que han merecido justos lauros en diversos certámenes internacionales, residente desde hace años en Buenos Aires, posee no sólo los conocimientos técnicos indispensables para la creación cinematográfica, sino que es dueño de una sensibilidad cuya penetración arriba a esos

terminos trascendentales que hacen de un objeto o un conjunto de objetos, de un hecho o de una serie de hechos, el reducto misterioso de la verdad o la belleza. Ante Machu—Picchu se ha sentido Gras llamado por una anunciación. La ascensión hacia la cumbre, donde pervive aquel gran monumento del pretérito americano, ha sido para él la ascensión hacia una promesa. Y en el maíz, que eternamente germina, en la mazorca de granos carnosos, ha encontrado un elemento vivo para fundir en un tropo el renacimiento infatigable de la naturaleza con el renacimiento de la grandeza que dichas ruinas proclaman del pasado hacia el porvenir. En el fondo de las tumbas, donde las momias han estado siglos de siglos aguardando la resurrección; en los ídolos de oro y barro, ahora caídos o ahrojados; en las piedras silenciosas, cuya majestad nada ha podido mellar; en los rostros labrados de los indios que claman en el quejido de sus instrumentos musicales, donde resuena también el llanto de la tierra, allí ha hallado Gras motivo para dar existencia estética al anhelo de ver, de pronto, al conjuro de una nueva fe y como en un deslumbramiento mesiánico, la transformación de la muerte en la vida, la conversión de la historia acabada en historia infinita. El poema concluye como había comenzado, con la comparación del maíz y los torreones, de los granos y las piedras, cabo en el cual una interrogación inquietante queda suspensa.

En "Castilla, Soldado de la Ley", Enrico Gras ha echado mano de simples elementos biográficos. El militar mestizo —considerado por Mujica Gallo como representación cabal de nuestra raza— es evocado aquí por medio de esculturas, retratos, paisajes, frisos, pabellones, clarines, no a la manera de una arenga, sino aprovechando esos restos mudos como vibrantes testimonios en los que reposa la memoria del caudillo. Con tales datos, inmóviles de por sí, el magnífico director italiano —que antes, de modo semejante, realizara un "film" sobre Artigas— ha logrado una cinta de ritmo ágil, en cuya creciente exaltación se narran los pasajes de la historia peruana de los que Castilla fué protagonista. Y, de paso, sin caer en manías demagógicas, se consagra a la libertad como el clima propicio para el engrandecimiento de la patria.

Poema y ensayo respectivamente, "Machu—Picchu" y "Castilla, Soldado de la Ley" son obras de un artista del cine en quien se dan las mejores virtudes de creador. Satisface hablar de dos películas peruanas, en un tono que no necesita ser indulgente, con plenitud y admirativa alegría. Que en ellas, en sus muchos aciertos, se base la producción cinematográfica peruana de mañana, es el deseo que alienta la esperanza de quienes quieren lo mejor para nuestra cultura.